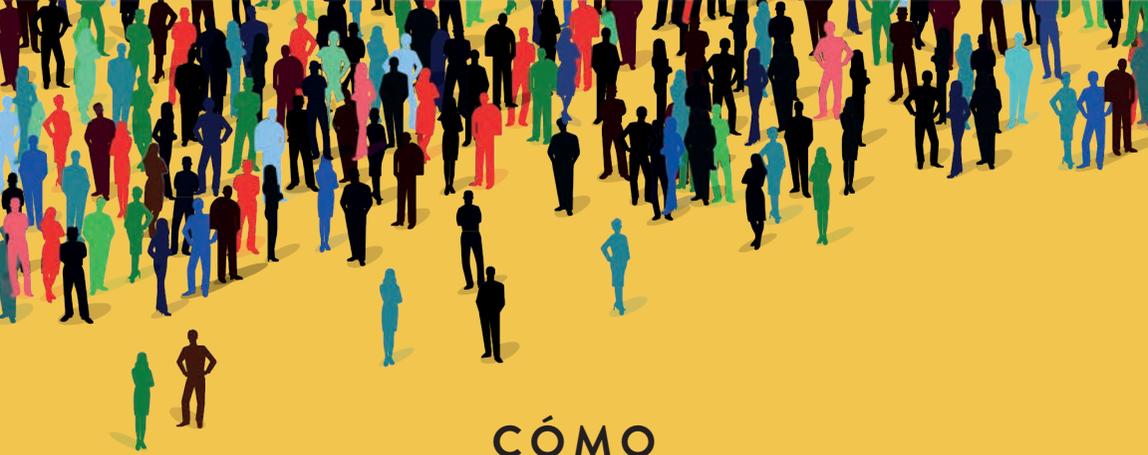




LA REVOLUCIÓN MULTIGENERACIONAL



CÓMO
LA DEMOGRAFÍA Y LA TECNOLOGÍA
TRANSFORMARÁN EL APRENDIZAJE,
EL TRABAJO Y EL CONSUMO,
A CUALQUIER EDAD



MAURO GUILLÉN

Autor de 2030. Viajando hacia el fin del mundo tal y como lo conocemos

La revolución multigeneracional

Cómo la demografía y la tecnología
transformarán el aprendizaje, el trabajo
y el consumo, a cualquier edad

MAURO GUILLÉN

Traducción de Nadia Khalil



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Perennials*

© Mauro Guillén, 2023

© de la traducción, Nadia Khalil, 2024

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: marzo de 2024

Depósito legal: B. 1.634-2024

ISBN: 978-84-234-3692-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Los <i>perennials</i> y la sociedad posgeneracional en cifras	11
Introducción	13
1. Las cuatro estaciones de la vida	23
2. Salud y longevidad, en aumento	47
3. Ascenso y caída de la familia nuclear	73
4. ¿Rebeldes sin causa?	99
5. Tres profesiones en una vida	127
6. Reinventar la jubilación	151
7. Heredar a los 100 años	175
8. Un punto de inflexión para las mujeres	199
9. El mercado de consumo posgeneracional	221
10. Hacia una sociedad posgeneracional de <i>perennials</i>	247
Agradecimientos	269
Referencias bibliográficas	271

Las cuatro estaciones de la vida

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir.

JORGE MANRIQUE (c. 1440-1479),
Coplas a la muerte de su padre

Corría el año 1881. Otto von Bismarck, el «canciller de hierro», iba por el buen camino para hacer de la Alemania unificada una potencia económica y geopolítica. El país tenía enormes depósitos de carbón y mineral de hierro, la población crecía, contaba con capital financiero, un sistema universitario robusto y un buen número de inventores y empresarios que harían posible la creación del motor de combustión interna, los tintes químicos, la aspirina y la máquina de rayos X. Pero Bismarck tenía miedo del creciente y combativo movimiento obrero socialista que animaban algunos agitadores políticos como Karl Marx y Friedrich Engels. Éstos insistían en llamar la atención de la gente sobre las horribles condiciones de trabajo de las «fábricas satánicas», que no eran otras que las que surgieron con la Segunda Revolución Industrial. En un brillante ataque preventivo, Bismarck puso en

marcha la iniciativa de ofrecer un ingreso de jubilación garantizado a partir de los 70 años —fue un político astuto, dado que la esperanza de vida en esa época no superaba los cincuenta—. En una carta al Parlamento alemán, el káiser Guillermo I escribía en nombre de su canciller que «quienes están incapacitados para trabajar por la edad o una invalidez tienen un derecho bien fundamentado para recibir atención por parte del Estado». Así, el primer plan estatal de pensiones del mundo nació en 1889. La táctica dio sus frutos: se evitó la revolución.

La idea de un sistema nacional de pensiones para todos los trabajadores se extendió por todo el mundo con bastante lentitud. En 1908, Reino Unido adoptó un acuerdo de este tipo para las personas de «buen carácter» de más de 70 años. Francia hizo lo propio en 1910, y Sudáfrica en 1928, que incluyó a los negros en 1944. En 1935, la Ley de Seguridad Social promulgada por el presidente Roosevelt dio comienzo al sistema nacional de pensiones estadounidense tal y como lo conocemos en la actualidad, que da cobertura a trabajadores industriales —no sólo a soldados y madres, como a finales de siglo XIX—, pero dejaba fuera a trabajadores agrícolas y domésticos, que en esa época representaban la mitad de la fuerza de trabajo. Varios países latinoamericanos promulgaron y ampliaron las pensiones estatales entre 1930 y 1950, pero la mayoría de los planes estuvieron fragmentados hasta la década de 1960. Brasil, por ejemplo, unificó su sistema en 1966. Por otro lado, el sistema nacional de pensiones de Japón data de 1942 y se relanzó con su estructura actual en 1961; mientras que en Corea del Sur se estableció un plan corporativo de subsidios por jubilación en 1953, aunque el primer plan nacional de pensiones no se puso en marcha hasta 1988.

Más o menos a la vez que aparecieron las pensiones para la «vejez», los gobiernos estimaron pertinente proporcionar a la población instrucción básica en lectura, escritura, historia y aritmética. En parte esto venía motivado por el nacionalismo, con la intención de crear lo que el historiador Benedict Anderson ha llamado una «comunidad imaginada». Sin embargo, también estaba impulsado por las necesidades laborales de la Segunda Revolución Industrial, que marcó el comienzo de las industrias

científicas de productos químicos, farmacéuticos, maquinaria eléctrica y automóviles. Los empresarios se dieron cuenta de que una fuerza laboral con formación podría ser más productiva, sobre todo a medida que la industria se hacía más intensiva en capital. El historiador británico E. P. Thompson demostró que la disciplina en la fábrica, la puntualidad y la disposición para seguir instrucciones requerían cierto nivel de educación. El reverendo William Turner, de Newcastle, Inglaterra, citaba en 1786 a un fabricante de cáñamo y lino de Gloucester para justificar la escolarización, ya que hacía que los niños «se volvieran más tratables y obedientes, y menos pendencieros y vengativos». La escolarización se convirtió en el método elegido para inculcar el «hábito de la laboriosidad».

Así pues, la disciplina que se impartía a los niños en los colegios se convirtió en un elemento esencial con el surgimiento del sistema de empleo asalariado. La economía industrial requería de multitud de personas que estuvieran dispuestas a trabajar para empresarios cada vez más grandes a cambio de un salario por hora, y que tuviesen disponibilidad para realizar cualquier tarea que el empleador les pidiera. De acuerdo con el sociólogo Charles Perrow, «la dependencia salarial afectaba a alrededor del 20 por ciento de la población [trabajadora estadounidense] en 1820, y entre el 80 y el 90 por ciento en 1950». Como cada vez había menos personas trabajando el campo, desde sus casas con el sistema de taller doméstico o por cuenta propia, las escuelas se hicieron todavía más importantes en un modelo que se reforzaba mutuamente. Para los empleadores, las escuelas ofrecían una reserva de mano de obra estandarizada para la «producción continua y predecible» de bienes y servicios a una escala cada vez mayor. El aumento de la burocracia laboral en las fábricas vino acompañado del desarrollo de sistemas escolares burocratizados. La clasificación, formación y seguimiento de la fuerza laboral industrial en puestos y tareas específicos no podría haberse logrado con tanta rapidez sin un sistema escolar subordinado a los requisitos de la industria. Fue así como la escolarización universal y la producción en masa se convirtieron en las dos caras de la misma moneda.

A diferencia de los planes de los líderes nacionalistas y los

dirigentes de la industria, los reformistas sociales vieron en la educación obligatoria una forma de proteger a los niños de los abusos que sufrían en los campos agrícolas y en las plantas industriales. Sin embargo, las escuelas no eran ni mucho menos un lugar idílico para estudiar. Un maestro de la región de Suabia, al suroeste de Alemania, llevó un registro parcial de los castigos que infligía a su alumnado durante más de medio siglo: «911.527 golpes con vara, 124.010 golpes con bastón, 20.989 golpes con regla, 136.715 golpes con la mano, 10.235 golpes en la boca, 7.905 guantazos en el oído y 1.118.800 golpes en la cabeza». Está claro que se buscaba inculcar disciplina y no tanto educar.

La escolarización se convirtió en la piedra angular del modelo secuencial de la vida porque servía para clasificar a las personas en diferentes roles sociales, carreras y trabajos, y algunos de éstos implicaban asistir a la universidad mientras que otros no. En la década de 1950, el sociólogo funcionalista Talcott Parsons intentaba responder a la doble pregunta de «cómo hacen en las clases del colegio para que los alumnos interioricen tanto los compromisos como las capacidades para el desempeño con éxito de sus futuros roles adultos» y «cómo consiguen asignar estos recursos humanos dentro de la estructura de roles de la sociedad adulta». Así, la clase de la escuela primaria se convirtió en «una agencia de socialización». En su opinión, el sistema educativo refleja la estructura social predominante y produce cambios y movilidad. «Sin duda, es muy probable que el chico de alto estatus y gran capacidad vaya a la universidad, mientras que es muy poco probable que vaya también el chico de bajo estatus y poca capacidad. Pero el grupo que sufre presiones cruzadas y para el que estos dos factores no coinciden tiene una importancia considerable.» Dado que la escolarización está limitada geográficamente, sobre todo en el nivel elemental, crea una «igualación inicial de estatus de los participantes por edad y “antecedentes familiares”, ya que los barrios suelen ser mucho más homogéneos que la sociedad en su conjunto». Además, existe una cierta proporción de padres que envían a sus hijos a colegios privados en todos los países del mundo. En los años que han pasado desde

que Parsons escribiera su famoso ensayo,¹ hemos llegado a ver la escolarización como un compendio de oportunidades y un indicador de desigualdad. Por tanto, el sistema escolar, presuntamente basado en principios meritocráticos, se convirtió en una gigantesca máquina que servía tanto para clasificar a los niños en roles de adultos como para reproducir la jerarquía social imperante.

Los orígenes de la idea de la educación primaria obligatoria se remontan a Martín Lutero (1483-1546), quien pensaba que la salvación dependía de la interpretación privada de las escrituras y de seguir un estilo de vida congruente con sus enseñanzas. Por tanto, la liberación requería alfabetización, y la promoción de la educación se convirtió en un deber cristiano. Los puritanos que cruzaron el Atlántico en busca de libertad religiosa impusieron la escolarización ya en 1690, lo que convirtió a la colonia de la bahía de Massachusetts en una pionera mundial. En Prusia (que era la región alemana más belicosa en lo político) se adoptó la escolarización masiva financiada por el Estado ya en 1763, cuando Federico el Grande hizo obligatoria la asistencia a las escuelas de las aldeas para los niños que no pertenecían a las élites (ésos ya estaban escolarizados). En 1774, el emperador austriaco José II aprobaba una ley de educación obligatoria universal. La constitución francesa de 1791 promulgaba «un sistema de instrucción pública, común para todos los ciudadanos y gratuito con respecto a aquellos sujetos de instrucción que sean indispensables para todos los hombres». Dinamarca (1814); la provincia de Ontario, en Canadá (1841); Suecia (1842), y Noruega (1848) fueron de los primeros lugares en los que se promovieron nuevas iniciativas escolares.

Hasta finales del siglo XIX no se adoptó la escolarización masiva de forma más amplia en todo el mundo. En Gran Bretaña, tras décadas de acciones limitadas a ampliar la educación en escuelas parroquiales u otras escuelas privadas, la Ley de Educación Primaria de 1870, conocida como Ley Forster, sentó las bases del

1. Parsons, Talcott, «The school class as a social system», *Harvard Educational Review*, vol. 29, n.º 4, 1959, pp. 297-318.

sistema educativo estatal. En 1876 se hizo obligatoria la escolarización hasta los 10 años, y se amplió hasta los 12 años en 1899. En Francia, la educación primaria pasó a ser gratuita en 1881, y obligatoria hasta los 13 años en 1882. En la mayoría de los países europeos, al principio a las niñas se les formaba con un currículum diferente y en escuelas separadas, pero a partir de los años de la Segunda Guerra Mundial lo habitual pasó a ser seguir un currículum unificado para niños y niñas. En Estados Unidos, la escolarización era obligatoria en la mayoría de los estados excepto en los del Sur, y en 1924 los nativos americanos pasaron a ser ciudadanos con acceso a la educación.

En conjunto, la escolarización obligatoria, el empleo asalariado y los planes de pensiones sentaron las bases del modelo secuencial de las «cuatro estaciones de la vida», por utilizar el término poético que evoca el calendario estacional cósmico. De hecho, a principios del siglo XXI casi todos los países del mundo habían adoptado ya la idea de que la vida se desarrolla en cuatro etapas separadas y secuenciales, a saber: juego, estudio, trabajo y jubilación. Desde entonces, se ha dado por hecho este modelo, como si fuera la forma natural, ideal e inevitable de organizar nuestras vidas.

Las virtudes del modelo secuencial

Quizá la principal ventaja del modelo secuencial de la vida era su previsibilidad, ya que permitía una clasificación simple y directa de las personas en grupos de población diferenciados y definidos por la edad. La población pasiva ni trabajaba ni buscaba trabajo. Comprendía a los individuos en ambos extremos de la distribución de edades: bebés y niños en «edad escolar» y jubilados en la «vejez». Las mujeres de clase media y alta también pasaron a formar parte de la población pasiva mientras se preparaban para casarse o se dedicaban a los hijos y a administrar el hogar, con la ayuda de las mujeres de clase trabajadora que no tenían más opción que pertenecer a la población activa. Los hombres en «edad de trabajar» constituyeron el mayor contingente del grupo acti-

vo. La mayoría de los trabajadores en activo estuvieron trabajando durante lo que Charles Dickens llamó el «mejor de los tiempos», mientras que muchos estuvieron sin empleo o subempleados durante el «peor de los tiempos». Estas categorías de personas en relación con el trabajo siguen vigentes hoy, no sólo en las estadísticas laborales, sino también en el propio mercado laboral y en nuestra vida diaria.

No hay mejor manera de comprender en qué medida nuestra cultura está dirigida por las cuatro estaciones de la vida que pasar un rato curioseando en una librería local. Todas las estanterías de guías y manuales de autoayuda están llenas de consejos sobre cómo superar cada una de las cuatro estaciones de la vida, como si fuera (literalmente) una cuestión de sobrevivir y pasar a la etapa siguiente. Para los niños, todo gira en torno a la autoestima, como *Helga makes a name for herself* [Helga se hace famosa], *The world needs who you were made to be* [El mundo necesita que seas tú], o *I am confident, brave & beautiful* [Tengo confianza en mí, soy valiente y preciosa], un libro para colorear. Los adolescentes y adultos jóvenes son objetivo de tantísimos libros que es mejor no nombrar ninguno en particular. Pero no hay nada que temer: una vez que se llega a la «verdadera edad adulta», hay un libro sobre *How to survive your childhood now that you're an adult* [Cómo superar la infancia ahora que ya eres adulto] que podrían haber titulado *Freud desquiciado*. A continuación, hay innumerables libros sobre cómo sobrellevar todos esos años que pasamos trabajando, un género que se inició en 1936 con la publicación de la obra de Dale Carnegie *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas* y que más recientemente ha degenerado en cuestiones tales como *Am I the only sane one working here?: 101 solutions for surviving office insanity* [¿Soy la única persona cuerda que trabaja aquí?: 101 soluciones para sobrevivir a la locura en el trabajo] o *The no asshole rule* [La regla antiimbéciles]. Y para quienes se jubilan tampoco faltan libros: *Not fade away: how to thrive in retirement* [No te apagues: Cómo prosperar durante la jubilación]; *Retirement for beginners* [Jubilación para principiantes]; *Retírate joven y rico: icómo volverse rico pronto y para siempre!*; o el inevitable *How to sur-*

vive retirement [Cómo sobrevivir a la jubilación], como si el mundo nos tuviera reservado todavía algo más para después de esa etapa.

El modelo secuencial de la vida está profundamente arraigado en la cultura y también se ha encajado en la ley. La mayoría de las constituciones nacionales consagran derechos y obligaciones diferenciados para menores de edad, estudiantes, trabajadores y jubilados, distinguiéndolos de la ciudadanía en general. Las Naciones Unidas han creado organizaciones específicas para su promoción en todo el mundo: Unicef (para los niños), Unesco (para la educación) y la Organización Internacional del Trabajo (tanto para trabajadores como para jubilados). Además, ha designado el Día Mundial del Niño (20 de noviembre), el Día Internacional de la Educación (24 de enero), el Día Internacional del Trabajo (1 de mayo) y el Día Internacional de las Personas Mayores (1 de octubre) para recordarnos cada año las diferentes etapas de la vida que existen.

La compartimentación de la vida llevó a expertos y académicos a explicar qué significaba cada una de estas etapas. La conocida teoría del desarrollo psicosocial propuesta por Erik Erikson (1902-1994) en su libro *Infancia y sociedad* (1950) distinguía ocho etapas, y cada una estaba asociada a un par de tendencias en conflicto: infancia (de 0 a 2 años; confianza frente a desconfianza), niñez temprana (de 2 a 3 años; autonomía frente a vergüenza y duda), preescolar (de 3 a 5 años; iniciativa frente a culpa), edad escolar (de 6 a 11 años; laboriosidad frente a inferioridad), adolescencia (de 12 a 18 años; identidad frente a confusión de roles), edad adulta joven (de 19 a 40 años; intimidad frente a aislamiento), edad adulta media (de 40 a 65 años; generatividad frente a estancamiento) y madurez (de 65 años en adelante; integridad del ego frente a desesperación). Cada etapa es acumulativa en el sentido de que resolver el conflicto intrínseco de una fase determinada prepara al individuo para la siguiente. Y cada etapa implica dominar una habilidad clave: la alimentación, el entrenamiento para ir al baño, la exploración, el aprendizaje, las relaciones sociales, las relaciones, el trabajo y la paternidad, y las reflexiones sobre la vida, respectivamente. No

dominar cada habilidad de manera eficaz tiene repercusiones nefastas para toda la vida, ya que la secuencia de etapas está predeterminada.

La cosificación de las cuatro estaciones de la vida está tan arraigada en nuestras cabezas que hemos llegado no sólo a darlas por sentado, sino también a castigar a quienes no progresan de una etapa a la siguiente de manera oportuna, a menos que alguna discapacidad física o mental interfiera con lo que se supone que es un patrón universal de progresión aplicable a todos. Se suele llamar Peter Pan a quien no es capaz de pasar de la infancia a la adolescencia para hacer frente luego a la edad adulta. Un adolescente que nunca se hace adulto es un rebelde. Un trabajador que no puede darse el lujo de jubilarse es un fracasado, un derrochador o un irresponsable. Un ejército de psicólogos y terapeutas ha conseguido ganarse la vida gracias a asesorar y tratar a quienes se quedan atrás en esta secuencia de etapas.

No es casualidad que Erikson propusiera su teoría psicosocial en aquel momento. A finales de la década de 1940, la mayoría de las personas en Europa, Estados Unidos y parte de Asia oriental y Latinoamérica estaban sujetas al modelo secuencial de la vida como resultado de la escolarización universal, el empleo asalariado y la jubilación obligatoria. Los arquitectos de este diseño —y los burócratas estatales encargados de garantizar que cada cual cumpliera su parte— defendían sin rubor alguno que la secuencia de educación, empleo y jubilación era adecuada para las personas. Sin duda debo decir que la escolarización era y es todavía beneficiosa en gran medida, aunque cabe destacar el movimiento por la escolarización doméstica que tuvo lugar en los años setenta, que desafiaba el monopolio educativo estatal por considerar que el ambiente en las aulas se había vuelto opresivo y estaba enfocado sobre todo a convertir a los niños en trabajadores dóciles. Sin embargo, discrepo en lo tocante a la universalización del empleo asalariado y la jubilación, así como también con el sentido unidireccional que va de la educación al trabajo, sin posibilidad de cambiar el rumbo entre ambos. El aumento del trabajo por cuenta propia durante la década de 1980 y el fenómeno del microtrabajo (*gig work*) en el siglo XXI han añadido una

nueva urgencia al debate sobre nuestra organización predominante de la vida, basada en la edad. La crisis financiera que afecta a los sistemas de pensiones ha dado más munición a los críticos del modelo secuencial de la vida. Examinemos, etapa por etapa, las inconsistencias y los efectos nocivos de compartimentar la vida en fases separadas y secuenciales.

Ser padres: de salir más baratos por docenas al pequeño emperador

«Hace falta mucho dinero para mantener a esta familia», decían Frank Gilbreth Jr. y Ernestine Gilbreth Carey en su libro superventas de 1948 *Cheaper by the dozen* [Más baratos por docenas], que inspiró cuatro largometrajes (incluyendo dos protagonizados por Steve Martin y Bonnie Hunt), una obra de teatro y un musical. Eran dos de los doce hijos de los expertos en eficiencia industrial Lillian Moller Gilbreth y Frank Bunker Gilbreth, quienes habían unido fuerzas para que las empresas aumentaran su productividad mejorando la metodología de estudio de tiempos y movimientos. Su trabajo no sólo fue útil para los empresarios, sino también para los arquitectos modernistas, entre ellos el fundador de la Bauhaus, Walter Gropius. Pensaron que era prudente aplicar los principios de la gestión científica tanto con los trabajadores de la fábrica, sin saberlo ellos, como en su propio hogar. «En la familia Gilbreth, ser eficiente era una virtud igual que la sinceridad, la honestidad, la generosidad, la filantropía y lavarse los dientes.» Fueron pioneros en el uso de cámaras para mejorar la eficiencia de las operaciones de fabricación. «Mi padre nos hacía fotos lavando los platos para poder discernir cómo podríamos reducir nuestros movimientos y acelerar la tarea.» Frank padre se topaba a menudo con la pregunta: «¿Cómo consigue dar de comer a todos esos niños, caballero?». Respondía sin más: «Bueno, salen más baratos por docenas, ¿sabe usted?».

Los Gilbreth no sólo eran un caso atípico en cuanto a la fertilidad, sino también por su estatus social y educación. Lillian había nacido en una familia acomodada de California, fue a la uni-

versidad en Berkeley y se doctoró en psicología aplicada en la Universidad de Brown. Era muy poco habitual, incluso en esa época, que una mujer con ese expediente educativo tuviera tantos hijos. Por su parte, Frank dejó pasar la oportunidad de estudiar en el MIT para dedicarse a la industria y la consultoría que le daría fama mundial como uno de los exponentes clave en la gestión científica. Cuando murió en 1924 por una insuficiencia cardiaca, la mayor de sus hijos, Anne, era estudiante de segundo año en el Smith College, y su hija más pequeña, Jane, tenía sólo dos años. Durante cuarenta años, Lillian dirigió el negocio de consultoría mientras criaba a su numerosa descendencia. Sacó tiempo para escribir varios libros emblemáticos sobre psicología y eficiencia en las fábricas y el hogar, incluyendo el que publicó en 1928, *Living with our children* [Vivir con nuestros hijos], en el que se hacía la siguiente pregunta retórica: «¿Por qué no planificar también la vida familiar?». En ese momento emprendía la gigantesca tarea doble de cuidar a sus hijos y brindarles buenas oportunidades en la vida. «Aquí consideraremos la vida familiar como un proceso educativo para nuestros hijos e hijas, en el que podemos utilizar todos los métodos disponibles que han funcionado en otros campos.» Para ella, «toda la planificación que se haga para darle a él [*sic*] la oportunidad de vivir y la riqueza de la experiencia tiene una enorme influencia en lo que hará y se convertirá». A diferencia de muchos padres en la actualidad, ella consideraba que «un diploma universitario y un puesto en la lista de personas más importantes en su sector están bien, pero que prospere siendo profesor en un pequeño pueblo o llevando una empresa puede ser algo mucho más importante». Quizá gracias a su gran familia, esta mujer, que fue una de los mayores expertos en eficiencia que ha habido, no se obsesionó con ninguna forma en particular de asegurar el éxito de sus hijos. Había muchos caminos para triunfar en la vida, y sus hijos, sin duda, supieron lograrlo.

Avanzamos a principios del siglo XXI. La natalidad ha sufrido un drástico descenso, hasta el punto de que en toda Asia oriental, Europa y Norteamérica las mujeres están muy por debajo de los dos hijos de media, por lo que no se logra el reemplazo demográ-

fico. Según un informe del Centro Nacional de Estadística de Salud publicado en 2018, el número medio de hijos nacidos de mujeres estadounidenses con educación universitaria, de entre 22 y 44 años, fue exactamente 1,0, en comparación con los 2,6 para las que no presentan un nivel alto de estudios. (Para los hombres con estudios universitarios la cifra fue 0,9.) En Estados Unidos, la educación universitaria para las mujeres se convirtió en el equivalente de la política de hijo único en China, aunque resultaba mucho menos intrusiva.

Un número menor de hijos conlleva una búsqueda hacia la calidad, como es bien sabido que proponía el economista de Chicago Gary Becker. Consideraba que, en vez de aumentar la cantidad, tener más ingresos lleva a la gente a centrarse en la calidad, es decir, reemplazan sus cuatro latas por berlinas o SUV más nuevos, más grandes o más lujosos en lugar de seguir comprando coches de mala calidad. «La interacción entre cantidad y calidad de hijos —escribió— es la razón más importante por la que el precio efectivo de los hijos aumenta con los ingresos», lo que significa que cuando los padres ven aumentar sus ingresos prefieren invertir más en cada hijo, dándoles mejores oportunidades en la vida. Desde Asia oriental y la India hasta Europa y Estados Unidos, los padres se han obsesionado no con criar a sus hijos con éxito, sino en criar hijos exitosos, o un solo hijo exitoso en el caso de los padres con educación universitaria.

La paternidad contemporánea se ha convertido en una cuestión de maximizar las posibilidades de enviar a los hijos a estudiar a la mejor universidad posible. La charla TED más vista que existe, la del profesor de educación Ken Robinson, culpa a los padres de corromper el objetivo de la educación en la vida. «Si creen que el propósito de la educación es llevar a su hijo a la universidad, o a una universidad en particular, y si creen que la razón para hacerlo es que tendrán un título universitario y su futuro estará asegurado y tendrán un buen trabajo de clase media e ingresos a largo plazo... Si ésta es la mentalidad, está claro por qué los padres presionan tanto —señalaba en una cumbre de talentos celebrada en Dublín en 2018—. El problema de preocuparse por un determinado estilo de educación es que deja fuera

buena parte de las otras habilidades y talentos que los niños tienen y que necesitarán ahora y en el futuro.» Dicho problema se ha extendido a todos los rincones del mundo. En la India, la combinación de las altas expectativas de los padres y un plan de estudios basado en exámenes ha demostrado ser perjudicial para el aprendizaje. «Las aspiraciones excesivas de los padres pueden ser dañinas para el desarrollo del niño, porque entonces el niño sólo busca maneras de mejorar sus calificaciones —defiende Avik Mallick—. Al descuidar la parte más importante de la educación en este proceso que es retener el conocimiento impartido por el pedagogo, la facultad mental del niño se desperdicia al tratar de hacer que su hoja de calificaciones esté libre de tinta roja en lugar de comprender el tema que se trabaja.»

El concepto de *parenting* ('ser padres') no se convirtió en un término y una práctica ampliamente utilizados hasta hace poco, como señalaba Alia Wong en un ensayo que se publicó en 2016 en *The Atlantic*. Durante mucho tiempo, la gente tenía hijos y los criaba, sin más. En la década de 1990, «al menos para los miembros de la clase media, ser padre no consistía sólo en ser la figura de autoridad, fuente de sustento y apoyo para los niños, sino en moldear la vida de esos niños, cubrirlos de oportunidades para que puedan tener una ventaja competitiva a largo plazo y enriquecerlos con todo tipo de experiencias constructivas». Los hijos de padres con un alto nivel educativo visitan museos, asisten a conciertos y ven obras de teatro con el doble o incluso el triple de frecuencia que el resto. Esta tendencia ha aumentado la desigualdad económica y la reproducción social dado que, según el sociólogo Paul DiMaggio, el «capital cultural» de una familia es el mejor indicador de las futuras calificaciones de los niños en la escuela primaria y en la secundaria. El gran escándalo de las admisiones a las universidades estadounidenses de 2019, en el que resultaron implicados multitud de empleados de los departamentos de admisiones, entrenadores deportivos y padres famosos, o sólo ricos, a los que se acusaba penalmente de sobornar a los encargados de las pruebas de acceso, hizo evidente que la obsesión por preparar a los hijos para triunfar en la vida no sólo ha tenido consecuencias dañinas, sino que también ha adquirido matices cómicos.

En la base del impulso que sienten tantos padres por ampliar las oportunidades de sus hijos se encuentra el modelo secuencial de la vida, cuya estructura lineal hace que aumenten los riesgos. Se suele asumir que, si los niños se quedan atrás, si no logran seguir el ritmo de los hijos de los vecinos, es posible que no puedan aprovechar la vida al máximo. Puesto que pasamos del juego al estudio y luego al trabajo, sin posibilidad alguna de que se produzca un ciclo de retroalimentación, debemos maximizar el rendimiento desde el primer día o no podremos evitar quedarnos atrás, y tal vez sea para siempre. Y después de haber aprendido todo lo posible al asistir a las mejores instituciones educativas que existen, debemos trabajar como si no hubiera un mañana con la esperanza de poder jubilarnos algún día.

Los problemas de la adolescencia: entre *Rebelde sin causa* y *Moonlight*

«Ya lo superaré, querida», dice la madre de Judy (interpretada por Rochelle Hudson) en *Rebelde sin causa*, la célebre película de 1955. «Son cosas de la edad... Es la edad en la que nada encaja.» La construcción social de la adolescencia y la juventud (dos términos que los expertos llevan siglos estudiando) conlleva una serie de conceptos yuxtapuestos: dependencia e independencia, orden y rebelión, certeza y riesgo, estabilidad y aventura, etcétera. «Quiero respuestas ya —protesta Jim Stark (James Dean) ante la negativa de su padre a reconocer siquiera los grandes problemas a los que se enfrenta—. No me interesa lo que ya entenderé dentro de diez años.»

La película se erige como un monumento a los malentendidos y conflictos entre generaciones de los típicos hogares de clase media y como imagen de otra deficiencia clave del modelo secuencial de la vida. Si bien las tribulaciones de la adolescencia y los primeros años de la edad adulta llevan existiendo desde el comienzo de las sociedades sedentarias, hace unos diez mil años, la idea de una progresión natural a través de cuatro etapas concatenadas que deben experimentarse seguidas agrava el choque

cultural entre padres e hijos, ya que los padres están deseando que los hijos sean por fin adultos del todo, y los hijos están deseando ser libres: la receta perfecta para el conflicto intergeneracional.

«En algún momento tendrás que decidir por ti mismo quién vas a ser —le dice Juan (interpretado por Mahershala Ali) al protagonista de *Moonlight*, la primera película LGTBIQ+ y con elenco exclusivamente negro que gana el Oscar a la mejor película—. Que nadie decida por ti.» Durante la difícil transición de la niñez a la edad adulta, muchos adolescentes lo pasan mal con las cuestiones de identidad, que se filtran a través de los prismas del género, la raza y la religión. Sin embargo, el modelo secuencial supone un camino lineal, una única opción, una identidad única en cada una de las etapas de la vida.

Las investigaciones han demostrado que la presión de los padres para que los adolescentes se ajusten a las expectativas sociales del modelo secuencial puede abocarlos al consumo abusivo de drogas, entre muchos otros males. Es más, «la presión tiene la capacidad de alterar los circuitos de los cerebros en desarrollo —dice el doctor Joseph Garbely, vicepresidente de servicios médicos y director médico de Caron, una organización sin ánimo de lucro de Florida dedicada a ayudar a los jóvenes que sufren adicciones a sustancias—. Es una preocupación muy grave porque este cambio biológico puede poner a los adolescentes en mayor riesgo de sufrir trastornos de salud mental, así como del consumo abusivo de drogas».

Uno de los mayores temores que tienen los padres con el modelo secuencial de la vida es que sus hijos adolescentes se conviertan en un Peter Pan, un adulto socialmente inmaduro, según el término popularizado por el psicólogo Dan Kiley en su libro *El síndrome de Peter Pan: los hombres que nunca crecieron* (1983). Si bien la Asociación Estadounidense de Psicología no reconoce este síndrome como un trastorno mental, se ha hecho muy popular entre padres y terapeutas. Los signos de este conocido síndrome incluyen la falta de voluntad o incapacidad para asumir responsabilidades asociadas con la edad adulta, la falta de confianza en uno mismo y el egoísmo excesivo. En las películas, la clásica

trama del Peter Pan cuenta con una mujer que sigue al lado de su novio inmaduro (un hombre infantil), que no está dispuesto a «sentar la cabeza». Quizá la más emblemática de este género sea *Alta fidelidad* (2000), protagonizada por John Cusack. «Ahora entiendo que nunca me comprometí de verdad con Laura —admite—. Siempre estaba a punto de marcharme y eso me impidió hacer muchas cosas, como pensar en mi futuro y..., supongo que tenía más sentido no comprometerme con nada y mantener abiertas todas mis opciones. Y eso... es un suicidio, en dosis muy pequeñas.»

Al concepto de adultos que se comportan como gente joven se le ha dado un término feo: transedadismo. Sus orígenes se remontan al *puer aeternus* mitológico del mundo antiguo (o *puella aeterna* en el caso de las mujeres): el niño o la niña eternos, un dios niño que es siempre joven. En la novela de Aldous Huxley *La isla*, de 1962, se retrata a Adolf Hitler como un Peter Pan cuya inmadurez acarrió el tremendo «precio que el mundo tuvo que pagar por la maduración tardía del pequeño Adolf». La psicología ha elaborado hace poco una escala que mide hasta qué punto hombres (o mujeres) sucumben a este síndrome. De acuerdo con Humbelina Robles Ortega, profesora de la Universidad de Granada, la sobreprotección de los padres es una de sus principales causas. «Suele afectar a personas dependientes que han estado sobreprotegidas por sus familias y no han desarrollado las habilidades necesarias para afrontar la vida.» Los «peterpanes», sostiene, «ven el mundo de los adultos como algo muy problemático y tienen idealizada la etapa de la adolescencia-juventud, por lo que tienden a querer mantener su estado de privilegio». La verdad es que resulta irónico que Robles Ortega enseñe en la universidad que se fundó después de que los cristianos recuperaran el último bastión musulmán en la península Ibérica en 1492. Según la leyenda, la madre del gobernante derrotado, Boabdil, ridiculizó a su hijo diciéndole: «Llora como mujer por lo que no supiste defender como hombre». En cierto sentido, no se había convertido en un hombre adulto porque tuvo que renunciar a sus dominios. A lo largo de los siglos, una y otra vez, parece que las presiones sociales y de los padres para pasar de una etapa a la si-

guiente han proporcionado el contexto necesario para interpretar el comportamiento de las personas.

La crisis de la mediana edad

«La mitad de mi vida ha terminado y no he conseguido nada. Nada —le dice Miles (interpretado por Paul Giamatti) a Jack (Thomas Haden Church) en *Entre copas*, la exitosa película de 2004—. Soy la huella del pulgar en la ventana de un rascacielos. Soy una mancha de excremento en un trozo de papel que se adentra en el mar con un millón de toneladas de aguas residuales sin tratar.» Miles, un profesor con depresión y aspirante a novelista, realiza un viaje por carretera de una semana por la región vinícola de California con Jack, un actor que vivió ya su mejor momento y que está a punto de casarse. La típica historia del hombre de 40 años que encuentra poco más que aburrimiento y desesperación en la vida es un tema recurrente en las películas, con todo tipo de identidades diferentes, como se ve en *Lost in Translation*, *Los puentes de Madison*, *Los descendientes*, *Un hombre soltero*, *Jóvenes prodigiosos* o *Thelma y Louise*.

«La mediana edad (entre los 30 y los 70 años, con los 40 a 60 en el centro) es la parte menos analizada del desarrollo humano», señala el psicólogo Orville Gilbert Brim, director de un extenso estudio financiado por la Fundación MacArthur. La mayoría de las investigaciones psicológicas se centran en la infancia, la adolescencia o la vejez. Las peleas con el cónyuge o la pareja, estar atrapado en un trabajo sin futuro o vivir la decadencia de nuestros padres se encuentran entre los factores de estrés más destacados. «La razón por la que las personas de mediana edad presentan estos factores de estrés es que en realidad tienen más control sobre sus vidas que antes y que el que tendrán después —observa David Almeida, que formó parte del equipo de investigación—. Cuando las personas describen estos factores estresantes, suelen hablar en términos de enfrentarse a un reto.»

El psicólogo del trabajo canadiense Elliott Jaques acuñó en 1965 la expresión *crisis de la mediana edad*. Entre los muchos

síntomas que se le asocian, sentir descontento y desconcierto sobre adónde se dirige la vida, así como autocuestionarse, son los que están más directamente relacionados con el modelo secuencial de la vida. Hacerse preguntas como «¿Esto es todo lo que hay?» o «¿Soy un fracaso?» en principio se encuentran entre los signos más reveladores de estar pasando la crisis de la mediana edad. Los economistas laborales también han salido a la palestra para analizar la relación entre trabajo y felicidad. Con datos de encuestas internacionales sobre la satisfacción indicada por los participantes, identificaron una «curva de la felicidad con forma de U», según la cual los sentimientos de las personas sobre la vida tocan fondo entre los cuarenta y los cincuenta. Resulta curioso que el efecto sea mayor en los países más ricos y con una esperanza de vida más larga. Con los datos de veintisiete países europeos, David Blanchflower, del Dartmouth College, y Andrew Oswald, de la Universidad de Warwick, en Reino Unido, descubrieron que el uso de antidepressivos casi se duplica cuando se llega a la etapa final de la edad de los cuarenta, en comparación con el final de los veinte o principios de los sesenta.

Aunque se ha encontrado un descenso similar en el bienestar relacionado con la edad en los grandes simios, el modelo secuencial de la vida da por sentado que pasamos de la mediana edad a la jubilación porque, si hemos llegado con éxito a la edad adulta, tenemos el control de nuestro destino. Susan Krauss Whitbourne, profesora emérita de Psicología y Ciencias del Cerebro de la Universidad de Massachusetts en Amherst, descubrió que las personas que cambian de trabajo a una edad temprana se sienten más productivas y creen que están legando algo a las generaciones futuras. «Los cambios de trabajo entre los 20 y los 30 años solían ser beneficiosos llegados a la mediana edad —señala—. Suponemos que estas personas no se sintieron estancadas.» Esta y otras investigaciones indican con claridad que pensar en las etapas de la vida de una manera diferente podría ayudar a esa cuarta parte de los estadounidenses que afirman haber experimentado una crisis de la mediana edad, según indica Elaine Wethington, psicóloga y socióloga de la Universidad Cornell.

En China, tras cuarenta años de intenso crecimiento económi-

co durante los cuales novecientos millones de personas han pasado de la pobreza a pertenecer a la clase media, el último tema que se ha puesto de moda en las redes sociales es la crisis de la mediana edad. Por lo visto, tanto las parejas casadas como quienes prefieren la soltería se ven afectados conforme aumentan las presiones cruzadas de los padres, el trabajo y las expectativas sociales. Una conocida escritora que ha revisado esta cuestión es Chen Danyan, cuya novela *Snow White's résumé* [El currículum de Blancanieves] presenta a Li Ping, una titiritera que lleva toda la vida haciendo el mismo papel de Blancanieves. «Para las mujeres, llegar a los 50 es un hito —afirma—. La sociedad te dice que es un momento crucial. Tu cuerpo lo nota. Toda mujer de más de 50 años lo siente. Los hijos van a la universidad, los padres se hacen mayores... Nunca es fácil afrontar los cambios de la vida, y la manera de lidiar con ello es dejarlo pasar.» Los cuentos de hadas tienen, según ella, el poder de hablar de las relaciones y el papel que ejerce la edad en términos claros y sencillos. «Creo que ésta es la enfermedad de muchas mujeres de mediana edad: ya no eres joven pero tampoco tan mayor —señala—. Siempre ven las cosas de forma negativa, se vuelven muy desconfiadas y cínicas.» Para ella, «ser la bruja no sólo es tener cierta parte de la libertad que se le niega a Blancanieves, sino que también significa que se han podido desarrollar habilidades propias que Blancanieves no tiene».

La edad de la soledad

«Bueno, ¿cómo te sientes al cumplir 80 años?» Le pregunta Billy (interpretado por Doug McKeon) a Norman (Henry Fonda), el padre de la prometida de su padre, en la película *En el estanque dorado*, un drama familiar de 1981. «El doble de mal que cuando tenía cuarenta», le da como respuesta. El profesor universitario jubilado no está solo, ni mucho menos. Vive con su mujer y cuidan a un niño durante el verano. Su esposa y su hija perciben una mejora en su senilidad y comportamiento gracias a sus aventuras con el niño de 13 años. Por desgracia, la experiencia de Norman no es lo habitual. A los 60 años, casi el 18 por ciento de los esta-

dounidenses viven solos, porcentaje que aumenta al 25 por ciento a los 65 años y al 42 por ciento a los 89. La mayoría de los mayores de 70 años están jubilados, lo que significa que tienen menos oportunidades de interacción social diaria, sobre todo si sus hijos viven lejos. Airbnb, la plataforma digital de alojamientos, indica que el grupo de edad que más crece entre los anfitriones que ofrecen su espacio en alquiler es el de personas mayores de 60 años, en gran medida impulsados por el deseo de evitar sentirse solos.

«La miseria y el sufrimiento causados por la soledad crónica son muy reales y merecen nuestra atención —dice Stephanie Caiozzo, de la Universidad de Chicago—. Como especie social, somos responsables de ayudar a nuestros hijos, padres, vecinos e incluso extraños que están solos, de la misma manera que haríamos con nosotros mismos. Tratar la soledad es una responsabilidad colectiva.» La falta de conectividad social tiene implicaciones biológicas, además de psicológicas. «La soledad actúa como fertilizante para otras enfermedades —señala Steve Cole, director del Laboratorio Central de Genómica Social de UCLA—. La biología de la soledad puede acelerar la acumulación de grasa en las arterias, ayudar a que las células cancerosas se reproduzcan y se extiendan y promover la inflamación en el cerebro que provoca el Alzheimer.» La soledad y sus efectos adversos se aprecian con más fuerza entre las personas que viven en barrios peligrosos. «En mi investigación anterior sobre residentes mayores de vecindarios con alta criminalidad, que en su mayoría eran adultos mayores afroamericanos, había un conflicto entre el deseo de participar más en la sociedad y los obstáculos que hacían difícil que se diera esta participación», dice Elena Portacolone, socióloga de la Universidad de California en San Francisco.

Si bien el sentimiento de soledad puede aparecer a cualquier edad, el modelo secuencial de la vida incrementa el efecto a medida que las personas se retiran de la vida social. En un estudio, el 18 por ciento de las personas encuestadas comenzaron a sentirse solas después de jubilarse. «La jubilación puede ser un duro golpe para el sistema. Salgamos a ver qué están haciendo los demás», dice un participante del estudio. «Y, si podemos, vayamos con

ellos. (Y menos mal que existe internet.)» Según la agencia estadounidense National Institutes of Health, «las personas que se encuentran de repente solas por la muerte de su cónyuge o pareja, la separación de amigos o familiares, la jubilación, la pérdida de movilidad o la falta de transporte corren un alto riesgo de que empeore su salud. El problema se ha generalizado tanto que el *Journal of Accountancy* consideró necesario publicar el artículo «El coste financiero y humano de la soledad en la jubilación», dirigido a contables públicos certificados que trabajan como planificadores financieros. «Hasta hace poco, el aislamiento social y la soledad se consideraban factores puramente cualitativos en lo que a la satisfacción en la jubilación respecta. No era algo que pudiera medirse en dólares y centavos.» Según un estudio de 2017 llevado a cabo por AARP, la asociación estadounidense sin ánimo de lucro que se dedica a ayudar a las personas mayores de cincuenta, los costes por atención médica han aumentado en 6.700 millones de dólares al año debido a la soledad y el aislamiento social.

Una buena forma de medir el impacto de la jubilación en la soledad es comparar a los jubilados voluntarios con los involuntarios. En un artículo publicado en el *Journal of Applied Gerontology*, un equipo de investigadores utilizó datos del Estudio de Salud y Jubilación de 2014 sobre algo más de dos mil jubilados estadounidenses. Su conclusión principal fue que la jubilación involuntaria (casi un tercio del total) se asociaba con una mayor soledad que la voluntaria. También descubrieron que «el apoyo social puede aliviar el impacto negativo de la jubilación involuntaria», lo que implica que el sentimiento de soledad surge de la ruptura de los vínculos con los compañeros de trabajo. Con la misma fuente de datos, otro equipo de investigadores analizó si la velocidad de la transición hacia la jubilación total tenía algo que ver con la soledad. «Los resultados sugieren que lo que importa no es el tipo de transición (jubilación gradual o de golpe) —concluyeron—, sino si la gente percibe la transición como algo elegido o forzado.» En conjunto, estos dos estudios sugieren firmemente que la jubilación aumenta la soledad más allá del fin de las relaciones sociales en el trabajo. A la gente la hace muy infeliz verse obligada a dejar su trabajo.

«La vejez no existe —decía el arquitecto modernista Philip

Johnson, que vivió hasta los 98 años—. No soy diferente ahora del que era hace cincuenta años. Pero ahora me estoy divirtiendo más.» Lejos de ser una necesidad biológica, la jubilación de alguna manera se convirtió en un requisito y una meta de la vida en sí misma. Como es obvio, algunas profesiones se prestan mejor a que se trabaje mucho más allá de lo que se suele considerar la «edad de jubilación». Pero los políticos, los asesores financieros y los promotores inmobiliarios nos han convencido de que esta última etapa de la vida es algo a lo que aspirar y anhelar.

Preparando el terreno para el conflicto intergeneracional

La peor consecuencia del modelo secuencial de la vida, aparte de las múltiples presiones psicológicas que produce en diferentes momentos, ha sido el aumento de fricciones y tensiones intergeneracionales debido a esa rígida clasificación de las personas en grupos de edad compartimentados. Los adolescentes desafían cada vez más a sus padres por sus ideas fijas sobre las identidades raciales y de género, y sobre las relaciones personales; los adultos jóvenes culpan a las generaciones mayores del cambio climático y el desastroso mercado laboral; los adultos que trabajan se resienten a pagar las pensiones y la atención médica de los jubilados (que ya los superan en número en las urnas), y los jubilados critican el egoísmo y la inmadurez de las generaciones más jóvenes. Afirmar que el conflicto intergeneracional bien podría ser para el siglo **xxi** lo que las guerras mundiales fueron para el **xx** no es más que una ligera exageración, sobre todo a modo de corolario de la rápida transformación que está sufriendo la estructura de edad poblacional.

Un reciente artículo de investigación sobre «comprender y gestionar los conflictos intergeneracionales» defiende que los conflictos clásicos entre padres y adolescentes, y entre jubilados y trabajadores, ahora quedan eclipsados por la interacción entre diversas generaciones en el lugar de trabajo. «En muchas organizaciones, los altos directivos pertenecen a una generación diferente que cree mucho más en el trabajo presencial y en cumplir

un número de horas determinadas, mientras que muchos profesionales jóvenes han crecido aprendiendo a trabajar de forma más inteligente, no con más esfuerzo», mencionaba un participante del estudio. «Siempre me han colocado en puestos en los que he tenido que enfrentarme, en algunos casos, a ciertos individuos (mayores) de quienes diría que están demasiado pagados de sí mismos en su trabajo», señalaba otro. Algunas diferencias son atribuibles a tendencias sociales más amplias, como la secularización: «Existe un fuerte sentimiento religioso [en las generaciones mayores], con independencia de la religión que se profese. O sea, ¿cuántos de las generaciones más jóvenes han ido a catequesis?».

En la era de las políticas de identidad, las relaciones intergeneracionales pueden complicarse. «Las generaciones mayores se definían por su trabajo, mientras que las más jóvenes se definen por muchas otras cosas. Soy planificador financiero certificado, pero también ciclista. También soy triatleta. Y entrenador. Y padre. Entreno a mis hijos. Soy marido. Me implico.» Asimismo, se acusa a la tecnología de crear malentendidos y complicar la interacción. «Nosotros [las generaciones mayores] en realidad no hemos sufrido mucha influencia social... Ellos [las generaciones más jóvenes] tienen una presión tremenda. Y, sí, hay momentos en los que se alejan, y creo que una vez más es por la presión social que nos ha traído esa mentalidad de estar disponibles veinticuatro horas al día los siete días de la semana.» Y también se la acusa de hacer difícil la comunicación. «Las habilidades comunicativas de algunos de los jóvenes con los que me encuentro cada semana son totalmente nulas. No tienen habilidad alguna de comunicación porque aprenden a comunicarse a través de Twitter y a hablar con palabras y oraciones abreviadas. Si tuviera que comunicarme durante un tiempo considerable con un veinteañero, lo más probable es que no pudiera.»

No obstante, estas cuestiones palidecen en comparación con el potencial de las acusaciones intergeneracionales sobre temas existenciales como el cambio climático. Según se afirma en el sitio web de ClimateOne.org, «los *baby boomers* enloquecidos por el consumo están dejando a los *millennials* con una cantidad ingente de deudas y un clima inestable». Al fin y al cabo, fueron la

generación de mis padres y la mía las que se engancharon al petróleo entre los años cincuenta y setenta como resultado de la gran expansión de la economía y los barrios periféricos, y de innovaciones como el superpetrolero y el avión de pasajeros. Una manifestación extrema de esta tensión es el provocativo libro de Bruce Gibney publicado en 2017, *A Generation of sociopaths: how the baby boomers betrayed America* [Una generación de sociópatas: cómo los *baby boomers* traicionaron a Estados Unidos]. Gibney, miembro de la generación X y uno de los primeros inversores de PayPal, anticipa que los *baby boomers* «morirán antes de que el clima llegue a tener un impacto significativo en sus vidas». Por tanto, «es hora de que se quiten del medio». Ve el problema como el clásico dilema agente-principal, en el que la parte que menos interesada está en la cuestión es la que toma las decisiones que afectarán sobre todo a la otra parte.

El problema va más allá de la polémica creada por un libro. En 2013, Naciones Unidas apeló a la solidaridad intergeneracional en el contexto de los objetivos de desarrollo sostenible que defiende. «El compromiso con las generaciones futuras es claro en todo el mundo y en todas las culturas», se puede leer en el informe del secretario general sobre el tema. «Es un valor universal que comparte toda la humanidad.» Es difícil estar en desacuerdo con esa afirmación, pero revela con claridad un sesgo inherente que ve la solidaridad intergeneracional desde una sola perspectiva, la de las generaciones más jóvenes y las que surgirán en el futuro. Mientras tanto, la ONU continúa promoviendo sin descanso, a través de sus agencias especializadas, un sistema rígido basado en la edad de escolarización universal, empleo asalariado y jubilación obligatoria que, en última instancia, socava sus propios objetivos de justicia y equidad intergeneracionales. Por su parte, los gobiernos nacionales y las empresas están de igual forma comprometidos con este sistema. Como veremos en el próximo capítulo, el modelo secuencial de la vida podría sobrevivir sin problema a la actual agitación socioeconómica si no fuera por el aumento en apariencia imparable de la esperanza de vida.